Klaudio Duarte Quapper*

***Juventude na América Latina e no Caribe.
Imaginários, tendências e questões críticas.***

*Juventudes en América Latina y El Caribe.
Imaginarios, tendencias y preguntas críticas.*

*Youth in Latin America and the Caribbean.
Imaginaries, trends and critical questions.*

Resumo: a ideia presente neste texto defende que a construção social da juventude e do juvenil é condicionada pelos imaginários sobre a juventude que reproduzimos na sociedade. Dessa forma certas elaborações limitam a profundidade e o dinamismo de leituras das realidades juvenis, bem como os modos de conexão que estabelecemos com eles. A leitura popular da Bíblia por aqueles que se relacionam com as comunidades de jovens é influenciada por esses imaginários. Por isso é relevante colocá-las em evidência e criticá-las para mostrar algumas tendências que atualmente ocorrem nas dinâmicas juvenis na região e favorecer questionamentos críticos que contribuam com sua transformação para novas epistemologias, como também para relações geracionais libertadoras. Este artigo é um ensaio que sistematiza um conjunto de seminários de análise sociopolítica, realizados com jovens de diferentes países da região nos últimos cinco anos.

Palavras-chave: juventude, imaginários sociais, tendências sociopolíticas, questões críticas, relações geracionais libertadoras.

Resumen: la idea presente en este texto plantea que la construcción social de juventudes y de lo juvenil está condicionada por nuestros imaginarios de joven que reproducimos en sociedad. Así dichas elaboraciones restringen la profundidad y dinamismo en las lecturas de las realidades juveniles, así como en los modos de vinculación que establecemos con ellos y ellas. La lectura popular de la Biblia que realizan quienes se vinculan con comunidades juveniles, están influidas por esos imaginarios. Por ello es relevante evidenciarlas y criticarlas, para mostrar

* Educador Popular e sociólogo, professor na Universidade do Chile. Investigador adjunto do Departamento Ecumênico de Investigações (DEI) na Costa Rica. claudioduarte@uchile.cl.

algunas tendencias que en la actualidad acontecen en las dinámicas juveniles en la región y orientar preguntas críticas que aporten en su transformación hacia nuevas epistemes como también hacia relaciones generacionales liberadoras. Este artículo es un ensayo que sistematiza un conjunto de Talleres de análisis sociopolíticos, realizados con jóvenes de diversos países de la región en los últimos cinco años.

Palabras clave: juventudes, imaginarios sociales, tendencias sociopolíticas, preguntas críticas, relaciones generacionales liberadoras.

Abstract: the present idea in this text argues that the social construction of youth is conditioned by our imaginary as a young person that we reproduce in society. Thus these elaborations restrict the depth and dynamism in the readings of the youth realities, as well as in the ways of connection that we establish with them. The popular reading of the Bible by those who are associated with youth communities is influenced by these imaginaries. It is therefore relevant to highlight and criticize them, to show some trends that currently happen in the youth dynamics in the region and guide critical questions that contribute in their transformation to new epistemes as well as generational liberating relationships. This article is an essay that systematizes a set of Sociopolitical Analysis Workshops, conducted with young people from different countries of the region in the last five years.

Key words: youth, social imaginary, sociopolitical tendencies, critical questions, liberating generational relations.

Introducción

En un texto anterior (Duarte, 1998) en que propuse una sistematización de un conjunto de Talleres de Lectura Popular de la Biblia con Jóvenes, efectuados en diversas experiencias comunitarias juveniles en el continente, quedaron planteados varios aprendizajes y también tensiones que el análisis social de lo juvenil y la teología de jóvenes se planteaban. Algunas de ellas siguen vigentes hoy y encaminan la reflexión contenida en el presente texto.

Por una parte, la cuestión referida a de qué jóvenes se habla en el texto bíblico. Si las historias de los pueblos ahí contenidas no reconocían la existencia material de sujetos y sujetas en dicha condición, sino más bien encontramos que, socialmente, se pasaba desde la niñez a la adultez, sin un intermedio como el que se reconoce actualmente en las sociedades contemporáneas. ¿Se trata entonces de una invisibilización intencionada como la que hoy se observa en las sociedades adultocéntricas que no reconocen los aportes de las y los jóvenes en sus familia, comunidades y países? ¿O se trata de una condición epocal característica de los contextos socioculturales en que se escribieron los textos bíblicos? Si fuera más cercano a esto último, los aprendizajes planteados es que lo juvenil no solo requiere de la presencia

material de jóvenes para su producción, sino de unas sociedades que van construyendo unos imaginarios sobre juventudes y lo juvenil, aún en ausencia de sujetos concretos que porten esa juvenilidad, que se alimentan de las ideas sobre mayoría y minoridad, en referencia a las construcciones asociadas a las edades sociales y sus supuestas características esenciales. Para descubrir esa construcción el enfoque generacional utilizado en este texto puede ser de mucha utilidad.

Por otra parte, una de las características que ha venido tomando esa construcción de lo juvenil es la naturalización de la condición de joven y de las juventudes. El aprendizaje desplegado hasta ahora nos evidencia que lo alternativo a dicha naturalización es la historización de los fenómenos y procesos sociales que analizamos (Goicovic, 2000; Salazar & Pinto, 2002). Para ello realizar una lectura de las claves históricas epocales de emergencia de lo juvenil puede ser de gran utilidad para las hermenéuticas bíblicas populares. A esta tarea dedico la primera parte de este artículo, buscando en nuestra historia latinoamericana y caribeña, esas claves que historizan la emergencia y procedencia de lo juvenil. En la segunda parte, abordo el ejercicio de reconocimiento de la presencia actual de juventudes en nuestra región, desde algunas tendencias que caracterizan los procesos sociales y políticos, donde actores jóvenes están marcando acontecimientos epocales y generacionales en la región. Pretendo contribuir así a un modo de análisis político que oriente la hermenéutica juvenil popular. Finalmente, en la tercera parte propongo a modo de interrogantes críticas, unas pistas que condensan las diversas ideas fuerzas aquí desplegadas y que podrían contribuir a proyectar acciones comunitarias con jóvenes.

Sobre jóvenes, juventudes y lo juvenil en nuestra historia latino-caribeña

Disputas en la construcción de imaginarios sobre jóvenes.

Las sociedades contemporáneas en América Latina poseen, en su interior, grandes contingentes de personas jóvenes. En la actualidad se reconoce la presencia de personas a las que se concibe como jóvenes, diferenciándoles de niños, niñas y personas adultas o adultas mayores, a diferencia de lo ocurrido durante el siglo 19 y parte del 20, en diversos territorios y contextos, en que se consideraba el paso directo de niñez a adultez. El reconocimiento actual es parte de las disputas sociales que se han desplegado en el último siglo y medio por la construcción

social de juventudes. Sobre esta disputa es necesario profundizar, pues la posición que en ella se toma, incide en los sentidos y contenidos que le damos a nuestra hermenéutica bíblica.

Estas disputas aparecen en los procesos que nuestros países transitaban tratando de salir de los dominios colonizadores europeos para constituir nuevas naciones, organizadas sobre la base de estructuras mercantiles que fueron constituyéndose en capitalismo como las conocemos hasta hoy (Salazar & Pinto, 2002). En esos procesos, la institución social que consolidó esa emergencia de personas a las que se consideró jóvenes fue el sistema educativo; si se extiende esta afirmación al tiempo presente se puede decir que dicha emergencia sigue estando estrechamente vinculada a las características que en tiempos de neoliberalismo asume la educación en sus distintos niveles.

Retomando las dinámicas sociales de su procedencia, se puede señalar que este proceso ha sido diferenciado, dinámico, conflictivo y sin fin (Duarte, 2005). Lo diferenciado alude a las necesarias distinciones de clase, género, etnia y territorio que han de realizarse para comprender las características y condiciones que se dieron al interior de este proceso. Los primeros en acceder a las posibilidades del sistema educativo fueron los varones hijos de las familias oligarcas, quienes tuvieron en ese acceso, las posibilidades de conseguir la perpetuación de sus posiciones de dominio y control político y económico. Así *los señoritos* accedieron a educación inicial en su país y luego viajaron a países europeos o a Estados Unidos a terminar estudios secundarios o superiores, para volver a sus familias a hacerse cargo de la conducción de sus patrimonios y/o a dirigir sus países (Salazar & Pinto, 2002). Sus hermanas tardaron varias décadas en acceder a este sistema educativo, por una parte por la lógica patriarcal dominante en la sociedad que no veía necesaria la inclusión de las niñas en esta experiencia, pues para cumplir los designios considerados divinos de criar, hacerse cargo de lo doméstico y atender al esposo, no se necesitaba estudios; esto fue así hasta que congregaciones religiosas de diversas confesiones ofrecieron una educación que incorporaba la institucionalización de estos saberes y a través de *colegios para señoritas* abrieron el espacio educativo, ya casi entrado el siglo veinte (Illanes, 1991).

En tanto, los hijos e hijas de los sectores empobrecidos vivieron procesos más tardíos. Mientras en décadas anteriores los hijos y posteriormente las hijas de los sectores ricos entraban al sistema educativo, estos otros, se incorporaban al mundo del trabajo –agrícola, ganadero,

minero, por ejemplo-, se reproducían y formaban familia en la pubertad, o los varones se echaban a los campos a vagar, trabajar esporádicamente o cometer acciones consideradas socialmente como delito –el bandolerismo por ejemplo- (Araya, 1999). Ya en el siglo veinte, los sectores populares que migraban del campo a la ciudad comenzaron a reclamar por acceso a educación, en la medida que fueron incorporando la idea política circulante de que al desarrollo se llegaba a partir de la obtención de credenciales educativas, que permitieran ingresar al naciente mercado laboral industrial o de servicios de tipo capitalista. La respuesta de los gobiernos fue la ampliación del sistema educativo hacia los más pobres con escuelas que preparaban para ese mercado laboral (Oyarzún, 2001).

Sus hermanas, las jóvenes de sectores empobrecidos fueron incorporadas a este sistema en baja medida a comienzos del siglo veinte y con mayor masividad en la segunda parte de ese siglo, desde que se asumió que la escuela podía ser un lugar para contener los posibles males sociales que según las nociones clásicas de juventud, se desatarían durante la pubertad. En los gobiernos progresistas post revolución cubana se efectuaron diversas políticas sociales de ampliación de la matrícula educacional, dirigida a mujeres, a la par de políticas de control de la natalidad y atraso del primer embarazo hasta después de los 18 años –surge el concepto de *embarazo adolescente* concebido como un problema social-. Así las últimas en incorporarse a esta idea de juventud que comienza a circular en nuestras sociedades son las mujeres jóvenes de sectores empobrecidos; las provenientes del campo y de pueblos originarios son las que más tardíamente tuvieron este acceso.

Este proceso diferenciado, también ha sido *dinámico*; ya que se ha modificado en el tiempo, con variaciones que han dependido de como el capitalismo ha mutado en nuestro continente y en el mundo, y desde ahí ha planteado nuevas exigencias a su sistema educativo. Por ejemplo, en la actualidad la oferta educativa se ha ampliado hasta el nivel de posgrado y con la concepción de educación continua, sumando al pregrado de la educación superior un conjunto de posibilidades que pueden ampliar en seis años la dedicación a estudios, lo que alarga *la condición de joven* hasta cerca de los treinta años, siendo ya varios de nuestros países los que en su política de juventud extendieron la edad a los 35 años¹.

Esta directa dependencia de las modificaciones a la estructura capitalista –principalmente lo que refiere a su matriz productiva y de

¹ En Costa Rica, por ejemplo, se considera jóvenes a las personas entre 15 y 35 años.

consumo, sus lógicas políticas e ideológicas, su sistema educativo-, me permiten plantear que este proceso es *sin fin*. Vale decir, sostengo la noción de que mientras el capitalismo mute, los modos de ser y hacerse joven en las épocas contemporáneas y en los contextos latino-caribeños, seguirán también mutando dada su interdependencia. Esta infinitud ha de considerarse cuando se plantean matrices interpretativas de lo juvenil, así como políticas y estrategias de acción con este sector social.

También he señalado que se trata de un proceso *conflictivo*. La emergencia de sujetos que se van diferenciando de niños y niñas y que no son considerados personas adultas, ha desencadenado en las sociedades contemporáneas de nuestra región, situaciones de tensión social de manera similar a como ocurrió en otras culturas y contextos en épocas pretéritas. Estas tensiones tienen como marco global el desencuentro y contradicción entre expectativas sociales –de instituciones y mundos adultos- construidas hacia las y los jóvenes y las aspiraciones que ellos y ellas van elaborando en ese marco. Estas tensiones producen conflictos, ya que los modos de enfrentar e intentar resolverlas han contado principalmente con estilos autoritarios y de dominio de parte de las personas adultas y sus instituciones, que no consideran las apuestas y aportes que las personas jóvenes podrían hacer; por su parte, las y los jóvenes han mostrado diversos repertorios que van desde la asimilación y subordinación a estos mandatos hasta la resistencia y organización política contra aquello que perciben como vulneración de sus derechos y deseos (Abaunza, Solórzano, & Fernández, 1995; Aguilera, 2014; Chaves, 2005; Muñoz, 2011; Perea, 2007; Reguillo, 2012). Esta conflictividad es la que permite la reproducción del adultocentrismo, en tanto es la imposición desde los mundos adultos la que termina primando y zanjando estas tensiones, sobre la base de una superioridad adulta impuesta y naturalizada.

En la actualidad, en nuestra región, a la asistencia y permanencia en el sistema educativo, como factor que otorga condición de joven a una persona, se han de agregar otros factores que también inciden en esta condición juvenil, por ejemplo: una cierta *estética de joven* que se produce según determinado consumo opulento, que ha construido unos imaginarios de juventud asociados a belleza, vitalidad, enamoramiento y alegría, tal que el acceso a este consumo se ha instalado para muchos jóvenes como el indicador de crecimiento y movilidad social (Duarte, 2009; Moulán, 1999); una *disposición a la reproducción heterosexual*, que da señales de adaptación a los mandatos patriarcales heteronorma-

dos de nuestras sociedades, no es que las y los jóvenes no puedan ir a contracorriente de estas imposiciones, sino que lo que quiero resaltar es la valoración positiva y de aprobación que desde diversas instituciones se hace de esta condición sexual en pos de la constitución de familias desde esta norma y el tratamiento como desviación de quienes no se subordinan a ella (Bourdieu, 2000; Lerner, 1986); un *acatamiento de la normatividad social*, que organiza imponiendo órdenes sociales que garanticen la reproducción de las lógicas y dinámicas de dominio en ámbitos familiares, educativos, laborales, de acción política, entre otros (Jelin, 2010).

Sin embargo, a pesar del carácter positivo que pretenden tener estos factores, en el marco de estas disputas por la construcción de unos imaginarios sobre lo joven, encontramos que un peso social relevante lo tienen los estigmas que se construyen sobre estos sujetos y sujetas; construcciones realizadas por las mismas agencias de dominio que tienden así a reforzar la polaridad de las imágenes sobre jóvenes, como si ellas se desplazaran naturalmente entre la maldad y la pureza.

Disputas para la construcción de juventudes.

El desplazamiento polarizado, entre la maldad y la pureza, se realiza sobre la base de la construcción de estigmas. Tal como ya mostré, nuestra sociedad se caracteriza entre otros componentes, por la construcción de imaginarios que dotan de sentidos a las acciones, discursos y relaciones que desplegamos cotidianamente. Esos imaginarios dan cuenta de fuerzas sociales que se entrecruzan en disputas y posicionamientos por la construcción de realidades que nos permitan hacer inteligible aquello que nos acontece (Baeza, 2008). Cuando hablamos de desviación, de estigmas y de alternativas a ello, necesariamente hemos de posicionarnos en esas disputas y politizar este ámbito de lo social, en lo que podríamos denominar *una lucha por las hegemonías*.

Como parte de esas luchas, este texto propone como hipótesis, que para el ejercicio del dominio en nuestras sociedades, las distintas agencias de socialización reproducen –imponiendo– un conjunto de imaginarios que se sostienen sobre la construcción de estigmas, que naturalizan procesos sociales conflictivos, individualizan dinámicas del todo colectivas y niegan las posibilidades de transformación de dichas condiciones de dominio. Y que para enfrentar estas reproducciones, en perspectiva transformadora, se requiere develar los mecanismos

utilizados en esa producción e imposición de imaginarios, así como contraproponer otros imaginarios de resistencia que le den sustento a las prácticas, discursos y relaciones que la acción comunitaria y la política pública podrían promover como alternativa a las condiciones de dominio señaladas.

En los ámbitos sociales que interesa abordar en esta reflexión, cuestiones referidas a juventudes, acción comunitaria, territorios, sexualidades, luchas políticas, políticas públicas, aparecen como algunos de los asuntos sobre los que se producen esos imaginarios de dominio y respecto de los cuales urge profundizar en perspectiva de construir imaginarios de resistencia.

El desafío reflexivo en este proceso es lograr modificar los ejes conceptuales sobre los que se construyen estos imaginarios de dominio, intentando horadar la episteme sobre las que han sido construidos, para recrear los modos de elaboración, los sentidos que están a la base de dichas producciones y los alcances transformadores que podrían tener.

A partir de planteos sociológicos (Goffman, 2003) y de las ideas fuerzas que emergen de los usos cotidianos que dicha noción ha ido adquiriendo, en las experiencias que he participado con jóvenes de sectores empobrecidos y estudiantes movilizados por cambios en educación, propongo una posible conceptualización de *estigma* como el *conjunto de imágenes que se construyen a partir de prejuicios -negativos y positivos-, sobre personas, grupos y fenómenos sociales, que se fundan en normas impuestas que fijan límites -aprobación; desviación; enfermedad; pecado; delito-, que operan fijando identidades como propiedades esenciales -reducción, naturalización, fatalismo-, y que condicionan los modos de relación social produciendo deshumanización.*

Es tal la potencia de este tipo de construcciones que se transforman en un dispositivo político que permite definir y reproducir un cierto orden social de dominio. En la medida que se reiteran y reproducen, estos estigmas se reifican-cristalizan y parecen inmodificables, ganan en consistencia y en fuerza. Por ello es relevante reflexionar críticamente sobre los mecanismos que se utilizan para sus elaboraciones y producciones, puesto que como señalé, parte importante de las luchas libertarias se dan en el campo de deconstruir estos estigmas y los imaginarios que en ellos se sostienen.

En el asunto que nos convoca en este texto, y en el conjunto de los que componen esta Revista, se hace necesario indagar en aquellos mecanismos que las teologías y las hermenéuticas bíblicas posiblemente

han utilizado como productoras y legitimadoras de estigmas respecto de las personas jóvenes. Uno de ellos, que ya señalé, es la *invisibilización por inexistencia* de las personas jóvenes y de sus producciones, a partir de unas nociones del ciclo vital que centran su mirada en la adultez como el momento superior de la vida y consideran lo no adulto como carente, incompleto, tránsito y/o futuro. Desde estas imágenes, se puede desacreditar y/o posponer todo lo que niños, niñas y jóvenes realicen, lo que podría adquirir relevancia cuando sean personas consideradas adultas.

Esto último se acopla a un segundo mecanismo, *el de cooptación*, que refiere a cuando las personas adultas, investidas de la autoridad por ellos mismos impuestas, aprueban las acciones y planteamiento de las y los jóvenes, en la medida que se acercan o asemejan a lo que desde esos mundos adultos se espera que realicen. Serán considerados sujetos/as con madurez, si aquello que realizan en sus comunidades es adecuado según los parámetros que las autoridades deciden, las más de las veces de forma unilateral y autoritaria.

Otro mecanismo, muy utilizado en estas relaciones, que se soporta en imaginarios estigmatizantes es *la negación*, que refiere al no reconocimiento de los aportes que las personas jóvenes pueden hacer en la comunidad, anteponiendo las imágenes que se sostienen en la desconfianza y el temor hacia ellos y ellas. Así, se prioriza y valoran más aquellas imágenes que hablan de jóvenes como irresponsables, inmaduros, sin experiencia, que no saben, entre otras. Esto es lo que permite en las comunidades, negarles las posibilidades de participar y hacerse protagonistas de sus vidas.

Otro mecanismo sostenido en imaginarios que se pretenden positivos, es *la pureza de lo juvenil*, referida a las imágenes que enfatizan el carácter innovador, la fuerza, la jovialidad que lo juvenil de por sí tendría y que las y los jóvenes deben –están obligados– a manifestar. Por ello no es extraño que en las comunidades se les considere como fuerza de trabajo física, por ejemplo para campañas y eventos, pero no fuerza de trabajo intelectual para decidir los planes pastorales de la comunidad o fuerza gestora para ejercer cargos de dirección de la misma.

Así se construyen y reproducen imaginarios deshumanizantes sostenidos sobre la polarización de que lo juvenil se desplaza entre la maldad y la pureza, restando las posibilidades de concebir a las y los jóvenes como sujetos historizados, lo que implica asumir sus fortalezas y debilidades como producciones relacionadas con sus biografías y

contextos. Se trata de superar este esencialismo que no ve sujetos ni historia, ni biografía, ni estructuras.

Por ello una condición de posibilidad para construir epistemes alternativas, pasa por cuestionar las dinámicas adultocéntricas que se verifican en nuestras sociedades, *valorando los aportes que las personas jóvenes podrían hacer en tiempo presente en sus comunidades*. Dichos aportes no preexisten a los y las jóvenes, sino que han de ser producciones específicas en cada experiencia social.

Un mecanismo alternativo potente, es lo que se ha ensayado en diversas comunidades en referencia *al reconocimiento de las experiencias* que las y los jóvenes poseen y cómo desde ahí pueden contribuir. Ello implica resignificar estas experiencias ya no como cantidad de años o de canas, sino como aprendizajes que se producen a partir de la reflexión de lo vivido. De ser así concebido, todas las personas en sociedad tienen experiencias, las que no son cuantificables, sino solo cualificables y lo más importante, pueden ser intercambiadas y compartidas para producir alternativas de vida en abundancia.

De igual manera, ha de considerarse la vitalidad de lo intergeneracional como posibilidad en lo comunitario. La promoción de *diálogos intergeneracionales*, en que las experiencias de jóvenes, adultos/as, niños/as y adultos/as mayores se compartan, puede provocar procesos colaborativos de acción en comunidad.

Realidades juveniles y tendencias a comienzos de siglo

Considerando los elementos ya planteados, es posible analizar las realidades juveniles actuales en la región. Una primera idea fuerza: cuando se propone reflexionar sobre realidades juveniles, la tentación que tendríamos que evitar es la de fijar ciertas imágenes que podrían ser consideradas homogeneizantes de lo que está pasando entre los y las jóvenes. Parto de una primera constatación: no existe *la* realidad juvenil, sino que existen las realidades o que existen muchas, diversas y plurales formas de ser y de hacerse joven en las sociedades latino-americanas y caribeñas (Duarte, 2013). Eso hace que las personas jóvenes actúen en la realidad que están viviendo y se involucren de maneras distintas, por lo tanto, una reflexión como ésta lo que busca hacer es, fundamentalmente, señalar algunas tendencias del contexto actual, que hemos de tener en cuenta para la reflexión sobre estas realidades juveniles.

Presento cuatro tendencias que las generaciones jóvenes están marcando en nuestros países, con la cautela de que al hablar de generaciones jóvenes, no estamos usando una imagen única que se cierra y que pretende homogenizar todo lo que pasa en los mundos juveniles, sino que otra vez, en tanto tendencias, intenta condensar esta diversidad y pluralidad juvenil (Muñoz, 2011).

Escojo estos cuatro procesos, porque desde las investigaciones que llevamos en el Núcleo de Investigación y Acción en Juventudes de la Universidad de Chile, nos han aparecido en el último tiempo, como tendencias relevantes, y también han sido abordadas además en diversas experiencias de trabajo con jóvenes de Costa Rica, Ecuador, Colombia, Uruguay y Perú.

Primera tendencia. Cambios en la conversación social sobre educación.

Estamos en presencia de unas generaciones de jóvenes que han logrado modificar la conversación social sobre educación. El último ciclo de once años, desde el 2006 a la fecha, estudiantes secundarios y universitarios, en diversos países: Colombia, Chile, Argentina, Brasil, México, Ecuador han venido marcando de distinta manera, cierta pauta respecto de lo que son las situaciones juveniles al interior de sus sociedades.

Esta modificación de dicha conversación social, es un asunto relevante que tiene que ver directamente con jóvenes, aunque el asunto juvenil esté oscurecido por los mecanismos e imaginarios antes analizados. Tanto es así, que según dichos imaginarios, estos imberbes, púberes, adolescentes y otro conjunto de nociones estigmatizadoras, no saben, no tienen ideas y deben esperar al futuro. Sin embargo son estos sujetos quienes tienen a nuestros países, sus clases políticas, movimientos, organizaciones y comunidades, debatiendo sobre cuestiones referidas a la promesa social que se les ha hecho y al rol que lo educacional juega en dicha promesa impuesta.

Es interesante considerar que los jóvenes y las jóvenes no solo se plantean cuestiones educacionales, sino que además instalan un modo de hacer política que vino a contradecir lo que la clase política o los mundos adultos esperábamos o estábamos dispuesto a aceptar como *hacer política* en nuestros países.

Comenzaron a aparecer – reaparecer en algunos países con tradición anarquista en el siglo XIX y XX- las estructuras de asamblea con un tipo de representantes a los que denominan voceros, eso que pue-

de ser un nombre cualquiera, no es tal, porque designa un concepto, señala que “usted habla por nosotros temporalmente”. Entonces estas experiencias juveniles han estado construyendo una idea de liderazgo político que ya no se ve como tradicional, ya que el líder individual, que podía hablar por el resto sin límite, ahora como hablante, queda circunscrito a lo que la asamblea le encarga decir. Esta es una práctica antigua de las organizaciones juveniles sobre todo territoriales y barriales que, a través de colectivos hacia finales de las dictaduras militares, fueron encontrando espacios y nichos donde seguían haciendo política, aunque el discurso de la clase política y de algunos/as colegas investigadores/as era que se trataba de individuos *apáticos* que ya no les interesaba la política. Sin embargo, había algunos que con porfía señalábamos que las jóvenes y los jóvenes sí estaban haciendo política, solamente que no hacían aquella que el mundo adulto y los conceptos tradicionales de política esperaban encontrar (Duarte, 1995).

El asunto es que hoy estas sociedades de la región han seguido la conversación sobre educación, pero mayormente han logrado desalojar de esa conversación a las y los jóvenes. En Chile, por ejemplo, la Confederación de Estudiantes de Chile (CONFECH) aparece hoy como una instancia de bajo perfil, dedicada a tratar de resolver sus propios asuntos internos más que constituirse en un actor relevante, que pueda ir con cierta fuerza a hacer planteamientos con respecto a las decisiones que se están tomando en el ámbito de la reforma educacional. Esto releva las preguntas por la capacidad de construir poder en estas experiencias políticas juveniles.

De alguna manera este modo de hacer política que se está desplegando desde las instituciones tradicionales y adultas, ha logrado ir desactivando la fuerte movilización política y social que hubo de parte de las y los jóvenes. Ahora, consideremos que este es un ciclo de reflujo dentro de procesos de larga duración, no estoy señalando un estado definitivo, que vaya a permanecer inmodificable en el tiempo, pero en esta primavera del 2016 es lo que se puede observar.

Eso una primera tendencia en términos políticos, se habla de lo que las y los jóvenes pidieron que se hablara, pero se les niega el valor de su palabra en esta conversación que pasa ser monólogo. Así sintetizo esta primera tendencia.

Segunda tendencia: las y los jóvenes no son actores.

En continuidad con lo anterior, podemos decir que estas generaciones de jóvenes no logran ser tratadas como actor político relevante.

Si bien ha habido ciclos, como el del 2006, como el del 2011, en que lograron instalar algunos asuntos en la agenda, no logran mantener el ritmo y no logran recrear la forma de llevar adelante esa lucha, que les permita asumir un rol protagónico en estos procesos sociales que se están discutiendo en el país. Quizás esto tenga que ver con que como sociedad no nos hemos dejado interpelar de manera significativa por cuales son los roles que las jóvenes y los jóvenes juegan en la vida cotidiana de nuestras sociedades.

Por una parte, creo que como sociedad no nos hemos dejado interpelar de manera significativa por estas apuestas juveniles y, por otro lado, creo que las jóvenes y los jóvenes aun no encuentran el eje de como instalarse como actores políticos protagónicos de la sociedad. Uso con insistencia la noción de protagonismo como una radicalización de la idea de participación. El concepto participación tiene varias posibilidades como proceso, no es un estado y por lo tanto, requiere de ir haciendo cierta precisión: comprendo *participación* fundamentalmente como una capacidad humana de desplegarse de manera colectiva en asuntos de interés cotidiano, cuando se producen las condiciones para ese despliegue; comprendo también la *participación genuina* como aquellas posibilidades y oportunidades que los grupos humanos se dan para ponerse de acuerdo y desde esos acuerdos ir transformando la realidad en que viven (Palma, 1999; Vera, 2014).

Pues bien, desde esa perspectiva en nuestra sociedad, las jóvenes y los jóvenes no participan, no logran hacerse parte, no logran tener un rol de estar informados, de tomar decisiones y de llevar adelante las decisiones que toman. No estoy hablando de que lo hagan solos, solas, sino que estoy pensando que lo hagan de manera colaborativa, en conjunto con las personas adultas con las que conviven, con los niños y niñas, con los adultos mayores, porque seguimos todavía con los imaginarios que ya revisamos, en que se ve a nuestros jóvenes como personas que están en preparación para, y que todavía no son. Y nuestros jóvenes asimilan esas imágenes y están siendo socializados en que, en tanto jóvenes, cuando lleguen a ser adultos tendrán valor social.

Esta segunda tendencia la podemos sintetizar en que las sociedades actuales enseñan a sus jóvenes a no participar, por la vía de negarles sus potencialidades como protagonistas de su propia historia.

Tercera tendencia: sociedad del consumo opulento en jóvenes.

Propongo considerar como asunto relevante de este tiempo, la alta disposición de nuestros jóvenes al *consumo opulento*: no solo consumir,

sino que es consumir hasta hastiarse (Duarte, 2009; Moulian, 1999). Es consumir para tener un lugar en la sociedad, es consumir para tener identidad, para ser considerado alguien en esta sociedad. Este consumo opulento es lo que permitiría la constitución de identidades por la vía de la posición y estatus, por la vía de hacerse parte de la fiesta que se ha desatado en nuestros países en los últimos cuarenta años de neoliberalismo.

Las encuestas del Instituto Nacional de la Juventud (INJUV) en Chile, muestran un alto endeudamiento del grupo entre 15 y 19 años, la mayor parte que quienes están en educación secundaria (Instituto Nacional de Juventud, 2009, 2012). El análisis que suele hacerse es que esto es un asunto de los jóvenes y como adultos solemos mirar a las personas jóvenes como individuos que están fuera de la sociedad o que constituyen su propia sociedad, por lo tanto, este asunto del consumo es un asunto específico y exclusivo de las y los jóvenes. Quizás por ello, la política pública planteada por el gobierno de turno, se plantea como concepto enseñar a las y los jóvenes a consumir bien, a no endeudarse, ser responsables en el consumo.

En continuidad con los imaginarios estigmatizantes arriba analizados, no es extraño que se explique ese alto endeudamiento porque se trata de personas inmaduras, que todavía no saben lo que quieren, por lo tanto son fáciles de captar por la lógica de este consumo opulento. Si esa fuera la explicación, lo que habría que hacer es esperar a que maduren para que dejen de endeudarse y no sean más cooptados por el mercado.

Considerando, por ejemplo, que la sociedad chilena es la más endeudada de América Latina: ¿por qué nuestros jóvenes no se van a endeudar si son parte de esta sociedad? ¿Por qué nuestros jóvenes no deberían endeudarse si sus padres, madres, profesores, profesoras, guías de pastoral, profesores universitarios, etc., están altamente endeudados y endeudadas? Seguimos alimentando las fantasías-mentiras que son productos de la lógica del mercado, de una lógica que incita al consumo opulento para ser alguien en la vida. En esa sociedad crecen las y los jóvenes, en esa sociedad intentan construir sus identidades, ¿por qué deberían estar fuera de esta lógica del consumo?

Insisto en esta idea para mostrar una visión conceptual que muchas veces se nos olvida cuando hablamos de jóvenes: podemos comprender lo que ocurre si les observamos en el contexto de la sociedad que habitan, no les podemos mirar por fuera de la sociedad.

Cuarta tendencia: cuestionamientos juveniles a la heteronormatividad patriarcal.

Estamos conviviendo con generaciones de jóvenes que apelan a la posibilidad de experimentar a contra corriente de las normas patriarcales, de los mandatos heteronormados del patriarcado en cuanto a opciones y a orientaciones, no necesariamente en cuanto a relaciones. Se ha abierto un espacio en nuestras sociedades –con ritmos y énfasis diferenciados, pero con elementos en común- que viene desde mediados de los cincuenta del siglo pasado, producto fundamentalmente de las luchas feministas, que han interpelado los modos de construir identidades de género.

Nuestras generaciones de jóvenes, a diferencia de quienes fuimos jóvenes, por ejemplo, en tiempos de las dictaduras militares o antes, cuentan hoy con espacios para expresar sus orientaciones y opciones sexuales de manera abierta, aunque eso no ha implicado modificaciones de las relaciones patriarcales –machista, homofóbicas y sexistas-. Expresión abierta y dominio patriarcal son procesos que se unen, que se vinculan, pero que no se siguen causalmente. Es más posible encontrar en las generaciones jóvenes a quienes asumen su homosexualidad, su bisexualidad, su lesbianismo, su transexualidad, de forma explícita, pero eso no está implicando necesariamente transformaciones de las relaciones de dominio patriarcal, en que lo masculino es enseñado e impuesto como lo que domina, respecto de lo femenino o de lo masculino sin poder. Eso no ha cambiado, no se ha modificado. Por ello, lo que no nos tendría que pasar es que nos confundiéramos y creyéramos que, porque existe este concepto de mayor apertura a que se exprese explícitamente la diversidad sexual, no implica que las relaciones sexuales y las relaciones de género se estén modificando. Nuestros jóvenes siguen siendo socializados en una lógica patriarcal, nuestro currículum escolar, secundario, básico y universitario, sigue siendo profundamente patriarcal, las teologías que más se divulgan siguen menospreciando lo femenino y atacando lo no heterosexual.

Las mujeres reclaman, se quejan e intentan buscar formas de salir, sin embargo, no siempre encuentran espacios para esa salida. Algunos varones muestran cierta sensibilidad, cierta disposición a construir relaciones de otro tipo –colaborativas, horizontales, respetuosas-, pero tampoco encuentran necesariamente el contexto social que avale y valore ese tipo de construcción.

Estamos ante una muy buena oportunidad de cuestionar a qué estamos dispuestos en este ámbito de la construcción de las identidades de géneros desde las comunidades en que nos vinculamos. Y en ese sentido creo que las generaciones jóvenes plantean cuestionamientos e interpelaciones que como generaciones adultas debiéramos tomar en consideración y ver en ello la oportunidad que nos ofrecen de democratización de relaciones, de respeto a las diversidades identitarias, de cuestionamiento de los mecanismos naturalizados y de dominio al interior de nuestras relaciones sociales y de oportunidades de colaboración entre géneros y entre generaciones, lo que puede ampliarse a razas y territorios diversos.

Creo que en ese sentido, lejos de escandalizarnos por aquellas prácticas y acercamientos que hacen las poblaciones jóvenes, en cuanto a sus identidades sexuales y de género, propongo observar, tratar de comprender y entrar en diálogo entre los saberes que (re) crean estos jóvenes y los que tenemos como adultos, construir nuevas formas de establecer estas relaciones y que nos permitan inhibir lo patriarcal en la sociedad.

Estas cuatro tendencias marcan dos corrientes fuertes en nuestras sociedades. Una, *se verifica la fuerza que está teniendo la ideología neoliberal en la región*, aquello que partió con las modernizaciones de las dictaduras militares y gobiernos conservadores de derecha desde fines de los 70, y que está fuertemente asentada en las generaciones jóvenes. Por ejemplo, nuestros jóvenes cuestionan la situación del sistema educacional superior, pero quieren estudiar; no les parece justo pagar, no quieren que se les cobre, no les gusta la baja calidad, pero quieren estudiar. Con toda la crítica que nuestros jóvenes le hacen al sistema educacional lo que se podría esperar, eventualmente, es que salgan del sistema educacional, no sigan estudiando; al contrario quieren estudiar, tanto los pobres como los ricos.

La corriente mayoritaria en esta generación de jóvenes es entrar a la educación superior y si nos preguntamos, por qué se produce eso, me permito hipotetizar que es la ideología neoliberal instalada en ellas y ellos.

No están cuestionando necesariamente el contenido de la educación que están recibiendo, su crítica es a la calidad, a la gratuidad y a la democracia en las instituciones, no es para qué estudiamos en el sentido, espiritual o de formación integral del sujeto en la sociedad. Saben que esta educación está pensada para el mercado laboral, es-

tudiar para trabajar y en función de la tendencia que marqué antes, trabajar para consumir. Esa triada está instalada en nuestra sociedad y a nuestros jóvenes les ha quedado suficientemente claro.

La segunda corriente: *junto con ser una sociedad neoliberal, también esta es una sociedad adultocéntrica*. A pesar de lo que he puesto de relieve, de la incidencia juvenil en modificar la conversación social, seguimos siendo una sociedad que considera a sus personas jóvenes, como quienes todavía no son alguien, y lo serán cuando se conviertan en adultos. Esto significa parecerse a mí, ser como nosotros, como “los que ya maduramos”, y entre más se parezcan mejor les va a ir en la vida. No tenemos mucha disposición como mundos adultos a entrar en diálogo con nuestros jóvenes, a aprehender de ellos y ellas, a valorar sus aportes y propuestas.

Si nosotros, en vez de concebir a nuestros jóvenes desde la lejanía, les conociéramos desde la cercanía y, también, desde la dialogicidad, vale decir, construyendo conocimiento de manera conjunta; si nos dispusiéramos a valorar lo saberes que las generaciones jóvenes proponen, podríamos posiblemente, entrar en diálogos permanentes que nos permita repensar estas formas de relación adultocéntrica y, también, estas formas neoliberales de relación en nuestras sociedades.

Preguntas críticas para orientar acciones con jóvenes

Un modo de darle continuidad a las reflexiones contenidas en este artículo es, en coherencia con el ejercicio que diversos Talleres realizamos con jóvenes, plantear preguntas críticas, con las que cargamos nuestras mochilas y bolsos de viaje para seguir encaminando nuestras luchas y esperanzas.

Estas preguntas críticas adquieren dicho formato para seguir abriendo reflexiones que permitan ganar en profundidad e intensidad en esas acciones comunitarias, así como que posibiliten que esos modos de hacer política se impregnen de las diversidades que componen los mundos juveniles. Por supuesto, no pretenden totalizar el amplio conjunto de preocupaciones juveniles, sino que esbozan los asuntos más relevantes planteados por ellos y ellas.

Así les reconozco a estas personas jóvenes una producción cultural que incide en la política. Unos modos de hacerse jóvenes en las sociedades contemporáneas que les permiten tomar posición en los procesos sociales en que viven y así seguir intentando, a contracor-

riente de los dominios adultocéntricos capitalistas, constituirse como actores en sus vidas.

Una primera interrogante que emerge recurrentemente entre jóvenes, alude a ¿cuál es el carácter o las características que se le quiere dar a esta acción política para que posibilite a las y los jóvenes ejercer poder de liberación? Asumir tentativas de respuestas, desde la acción concreta y las disputas de los imaginarios ya analizados, permitiría que las generaciones jóvenes no sólo sean actores que abren senderos en las conversaciones sociales actuales, sino que además ejercen agencias capaces de gestionar los cambios a partir de esa habla social.

Otra interrogante apunta a ¿de qué manera estas nuevas generaciones pueden enfrentar la incitación al consumo opulento –entre otros de tecnología digital- y sus efectos deshumanizantes, proponiendo nuevos modos de acceso igualitario para cubrir sus diversas necesidades?

Una pregunta que se reitera en estos Talleres de actualidad socio política, refiere de qué manera las nuevas expresiones abiertas de sexualidades juveniles están logrando condensar relaciones anti patriarcales liberadoras.

Una preocupación presente en estas reflexiones, de manera incipiente, pero que aún no produce una tendencia, apunta a la preocupación de las y los jóvenes por la depredación medioambiental y la urgencia de asumir acciones a contracorriente que permitan recuperar el planeta para las personas que le habitamos. La pregunta que sistematiza estas preocupaciones señala ¿cuáles son las mejores estrategias que las agrupaciones juveniles pueden desplegar para hacer frente a la depredación medio ambiental en nuestros países?, ¿y cómo estas estrategias se vuelven transversal a los diversos quehaceres juveniles?

Bibliografía

- Abaunza, H., Solórzano, I., & Fernández, R. (1995). *Una Causa para rebeldes: Identidad y condición juvenil en Nicaragua*. Nicaragua: Puntos de Encuentro.
- Aguilera, O. (2014). *Generaciones: Movimientos juveniles, políticas de la identidad y disputas por la visibilidad en el Chile neoliberal*. Buenos Aires: CLACSO.
- Araya, A. (1999). *Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Barros Arana/DIBAM.
- Baeza, M. (2008). *Mundo real, mundo imaginario social. Teoría y práctica de la sociología profunda*. Santiago de Chile: RIL Editores.

- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Chaves, M. (2005). Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Revista Última DÉCADA*, 23.
- Duarte, K. (1995). Una lectura desde las utopías para comprender las antipatías. In Fundación Nueva América (Ed.), *Visión de los jóvenes ante la política*. Santiago de Chile.
- Duarte, K. (2005). Trayectorias en la construcción de una sociología de lo juvenil en Chile. *Revista Persona Y Sociedad*, XIX, 163–182.
- Duarte, K. (2009). Sobre los que no son aunque sean. Éxito como exclusión de jóvenes empobrecidos en contextos capitalistas. *Revista Última DÉCADA*, 30, 11–39.
- Duarte, K. (2013). Promoción de diversidad como condición política para la igualdad generacional. In *Jóvenes: diversos y singulares*. Bogotá: Observatorio Javeriano de Juventud, Universidad Javeriana de Colombia.
- Goffman, I. (2003). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrotu editors.
- Goicovic, I. (2000). Del control social a la política social. La conflictiva relación entre los jóvenes populares y el Estado en la historia de Chile. *Revista Última DÉCADA*, 12, 103–124.
- Illanes, M. A. (1991). *“Ausente señorita”. El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio*. Santiago de Chile: JUNAEB.
- Instituto Nacional de Juventud. (2009). *6ª Encuesta Nacional de Juventud*. Santiago de Chile: Instituto Nacional de la Juventud.
- Instituto Nacional de Juventud. (2012). *7ª Encuesta Nacional de Juventud*. Santiago: Instituto Nacional de la Juventud.
- Jelin, E. (2010). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lerner, G. (1986). *La creación del Patriarcado*. Barcelona: Crítica.
- Moulian, T. (1999). *El consumo me consume*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Muñoz, V. (2011). *Generaciones. Juventud universitaria e izquierdas políticas en Chile y México (Universidad de Chile - UNAM 1984-2006)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Oyarzún, A. (2001). Políticas públicas y mujer joven: Entre la madre y la hija*. *Revista Última DÉCADA*, 14, 75–90.
- Palma, D. (1999). *La participación y la construcción de ciudadanía* (No. 27). Santiago de Chile.

- Perea, C. (2007). *Con el diablo adentro. Pandillas, tiempo paralelo y poder*. México: Siglo XXI.
- Reguillo, R. (2012). *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto*. México: Siglo XXI.
- Salazar, G., & Pinto, J. (2002). *Historia de Chile. Niñez y juventud. Tomo V*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Vera, F. (2014). *Educación, jóvenes y violencia. Una mirada desde la estructura y el sujeto a las tensiones del Centro Educacional Mariano Egaña de Peñalolén. Tesis de pregrado*. Universidad de Chile.